

# LA PRIMERA PROPUESTA DE LA SECUENCIA PREHISTÓRICA DEL SURESTE IBÉRICO. LUIS SIRET Y CELS

Alfredo Mederos Martín<sup>1</sup>

*A Enrique y Luis Siret, cuya obra  
determinó nuestra especialización*

## RESUMEN

Las investigaciones de los hermanos E. y L. Siret aportan la primera secuencia del Neolítico al Bronce en el Sureste de la Península Ibérica en la última década del S. XIX. Un análisis de su biografía y enfoque teórico ayudarán a una mejor comprensión de la misma.

## ABSTRACT

The research of the brothers H. & L. Siret gave the first archaeological sequence from the Neolithic to the Bronze Age in the Southeast Iberian Peninsula in the last decade A.D. XIX. An analysis of their biography and theoretical approach could be a help for a better comprehension of their work.

La figura más relevante en los estudios sobre la prehistoria de la Península Ibérica en los primera fase de la misma, que podríamos definir como de los pioneros, es Luis Siret y Cels, a quien la Real Academia de Historia en 1905 admitía (Ripoll, 1985:19) por ser el “autor de la mejor obra que trata de los monumentos prehistóricos de España”.

---

1. Becario postdoctoral de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia en el Department of Classic and Archaeology. University of Bristol.

A pesar de que sus trabajos son permanentemente citados en la bibliografía, quizás resulte significativo analizar su trayectoria interpretativa, que nos parece ha sido poco valorada, y donde muchos comentarios vertidos sintéticamente, a menudo ceñidos a sus trabajos más importantes, quizás simplifican la visión del autor.

De acuerdo con su trayectoria investigadora, consideramos que pueden individualizarse tres etapas, en función de las cuales, desarrollaremos la exposición.

#### PRIMERA ETAPA

En el año de 1878, Enrique Siret (Namur, 1857-Overysseche (Malaise), 1933) empezaba a trabajar en Almería. Su propio cargo le posibilitaba enterarse de sucesivos descubrimientos de artefactos por parte de los operarios mineros. El interés que tenía por ellos le motivó a irlos guardando, informando inclusive a su hermano, quién aún estaba estudiando, por vía epistolar mediante referencias textuales y dibujos.

A raíz del inicio de los trabajos de conducción de agua del núcleo urbano de Cuevas del Almanzora en 1879-1881, diseñada conjuntamente con el también ingeniero de minas Antonio Pétre, la ausencia temporal de éste último, propició que llamara a Luis Siret para que viniese a sustituirle, incorporándose en 1880.

Luis, nacido en Saint Nicolas Waes en 1860, al igual que su hermano, se había titulado en Ingeniería de Artes y Manofacturas, Civil y de Minas en la Ecole Spéciale des Mines de la Université de Louvain, siendo el número uno de su promoción entre 1874-78.

No obstante, la trayectoria vital de sus padres (Mariën y Ulix-Closset, 1985:9) había hecho mella en ambos. Su padre Adolphe Siret Caplaumont (1818-1888), aparte de desempeñar diversos puestos administrativos, fue el fundador del “Journal des Beaux-Arts et de la Littérature”, perteneciendo a la sección de Bellas Artes de la Académie Royale belga, destacando además su notable interés por la arqueología. Su madre, Marie Cels, era la nieta del pintor Corneille Cels. Ambos intereses se combinaban en su obra clásica, “Les premiers ages...”.

Una vez en Cuevas del Almanzora, la faceta de ingeniero civil de L. Siret la desarrollará asimismo en la construcción del depósito de agua de la localidad (1885-1887), lavadero público o la pescadería del mercado en la plaza. La práctica ausencia de Enrique en la zona, al tener que residir en Mazarrón dirigiendo una explotación minera, hará que en estos trabajos civiles, como en otros tantos arqueológicos, Luis Siret hubo de llevar el peso de dichas actividades.

Su hermano, desde su llegada, le introduce en la Compañía de Minas de Sierra Almagrera, y ya un año después, en 1881, inician sus trabajos arqueológicos cuyos resultados, obtenidos hasta 1886, los recogerán en “Les premiers ages du metal dans le sud-est de l’Espagne” publicado en Amberes en 1887, y que obtendría las medallas de oro de las Exposiciones Universales de Toulouse (1887) y Barcelona (1888), y el Premio Martorell (1888); triunfos lastrados por la partida de Enrique a una compañía minera del Congo Belga (1886) y la muerte de su padre (1888), pero parcialmente compensados con la boda de E. Siret con Teresa Pétre (1887), hermana de su colega A. Pétre.

No obstante, continuará excavando en alguno de los yacimientos citados en su primer libro, caso de El Oficio hasta 1888 o El Argar en 1889. La propia repercusión de la obra posibilitó que se crease la sala de los hermanos Siret en los Musées Royaux d’Art et d’Histoire (1887), a la que cederán parte de su colección. Asimismo, se irán produciendo compras o donaciones a otras instituciones europeas,

Museum Vleeshuis (Antwerpen) (1888), Museu Arqueològic de la Diputació de Barcelona (1888), The British Museum (London) (1889), Völkerkunde-Museum Berlin (1891), Ashmolean Museum of Arts and Archaeology (Oxford) (1898), Vorgeschichtliches Seminar (Philipps-Universität, Marburg) (1923), Museo Arqueológico Nacional (Madrid) (1931, 1934, 1935) The Peabody Museum of Archaeology and Ethnology (Harvard University, Massachusetts) (1938), University Museum of Archaeology and Ethnology (Cambridge) (1951), Staatliche Museen zu Berlin, Staatliche Museen PreuBischer Kulturbesitz (Berlin), y Seminarie voor Archeologie (Universidad de Gent).

Finalmente, daban a conocer a través del comisario Emile Cartailhac, una muestra de sus hallazgos en la Exposición Internacional de París de 1889.

La satisfacción que le produjo la traducción de su obra al castellano en 1890, coincide con la finalización un año después de su segunda monografía, “L’Espagne Préhistorique”, que obtiene un accésits del premio Martorell en 1892, declarado desierto, y en el que competía con obras de George E. Bonsor y Rudolf Beer. Sin embargo, la exigencia de entregar el original de la obra, imposibilitará su publicación, lo que le producirá una gran frustración profesional. De ella disponemos del original conservado en el Museo Arqueológico Nacional y una síntesis, en un trabajo con el mismo título, publicado en la Revue de Questions Scientifiques en 1893, al igual que ya hiciera con “Les premiers ages...” en 1888, en la cual, la aportación más novedosa, en comparación con la monografía, es adelantar los primeros resultados de la necrópolis de Los Millares que había comenzado a excavar el año anterior.

La importancia de esta síntesis quizás no se halla valorado en toda justicia, puesto que no sólo ofrece una periodización del paleolítico reconociendo chelense, musteriense, solutrense y magdaleniense, tras excavar Cueva Pernerhas o Cueva del Serrón, cuyas aportaciones serán en el futuro menospreciadas optándose por las propuestas africanistas de Pallary (1907), sino que documenta el principal poblado Calcolítico del Sureste ibérico, Los Millares, y reestructura el fenómeno de la incineración que ahora ubica correctamente en el final del Bronce, llegándose hasta la “Edad del Hierro”. Se trata, en suma, de la primera lectura de un Proceso Histórico regional en la Península Ibérica.

Esta febril actividad reseñada entre los 21 y 31 años, culmina en lo personal con su boda con la hija de uno de los principales ingenieros de ferrocarriles belgas, Marie Madeleine Belpaire en 1892, y el nacimiento de su primera hija, Susana Siret.

La lectura de la secuencia prehistórica del Sureste siempre la estructurará siguiendo el registro arqueológico que en cada momento disponía. Su primer trabajo, donde hace gala de un exhaustivo apoyo bibliográfico que no concuerda con la idea de un ingeniero de minas que publica aquello que le fue progresivamente apareciendo, pone de manifiesto un programa de investigaciones, quizás no explicitado, pero que late a lo largo de toda su obra, tendente a ofertar una prolongación occidental de los hallazgos de Heinrich Schliemann (1822-1890) en Micenas y Troya, a partir de la partida hacia Occidente de Ulises.

H. Schliemann publica sucesivamente “Ithaka, der Peloponnes und Troja (Itaca, el Peloponeso y Troya)” (1869), donde expone toda sus ideas que después tratará de contrastar arqueológicamente, “Trojanische Alterluemer (Antigüedades Troyanas)” (1874), que causó un impacto mundial, al dar relevancia histórica a las obras de Homero y presentar el supuesto tesoro de Príamo, “Mykenae (Micenas)” (1877), con el llamado tesoro de Atreo, cuyos resultados eran relatados casi diariamente por los principales periódicos europeos a partir de las crónicas de H. Schliemann dada la expectación despertada, “Ilios, Stadt und Land der Trojaner (Ilios, Ciudad y Tierra de los Troyanos)” (1881), “Orchomenos (Orcomenos)” (1881), “Reise in der Troas im Mai 1881 (Viaje a Troya en Mayo de 1881)” (1881),

“Troja (Troya)” (1883) y “Tiryns (Tirinto)” (1886).

Si comparamos las fechas, “Trojanische Alterluemer” y “Mykenae” ven la luz durante los años de estudio de Luis Siret, y la obra clave, “Ilios...”, coincide con el inicio de las excavaciones de los hermanos Siret en Almería, aparte de que es la monografía que utilizan en “Les premiers ages...”. Esta presunción sobre la posibilidad de identificar arqueológicamente nuevos pasajes de Homero, que probablemente en un primer momento era más una ilusión que una certeza, irá progresivamente tomando cuerpo.

Inicialmente, E. y L. Siret (1890:319) reconocen “Tres civilizaciones distintas” sucesivas, Neolítico, Transición - actual Calcolítico- y Bronce, dividiendo la primera en dos fases.

La primera etapa correspondería a los Kjoekermoeddings, a los que no sabe si atribuir las fosas con enterramientos hispanomusulmanes de La Gerundia. El segundo momento vendría caracterizado por El Garcel y la Cueva de los Tollos, ante sus similitudes en la talla del sílex con la fase anterior, dado su pequeño tamaño, “imperfectas” y presencia de trapecios. Sin embargo, insinúa el papel jugado por la llegada de “extranjeros” para explicar otras innovaciones artefactuales que introducirán “las puntas de flecha (...) el pulimento de las hachas” y “la ornamentación de los objetos de barro.” (Ib., 1890:14-15, 17, 25, 27).

El actual Calcolítico o “segunda civilización”, al ser “transitoria” al Bronce, rechazaba la existencia de una “edad del cobre” que defendían por entonces J. Vilanova (1872) o E. Cartailhac (1886), entre otros. La carencia hasta entonces de un “cuadro completo de una civilización particular, en la que se demostrara, por importantes series de objetos, que el bronce era desconocido”, y la coexistencia en el periodo de transición y durante el Bronce de armas de cobre y bronce (Ib., 1890:278, 319) le inducían a rechazarla.

La confusión principal que se advierte en la configuración de este periodo será la atribución de las tumbas del Bronce Final al periodo de transición. Este error surge de su presencia en los poblados de Campos y Parazuelos, las cuales interpreta como muestras de la coexistencia de la incineración y de objetos de bronce en contextos calcolíticos. Los rasgos del registro artefactual que la caracterizarían serían:

*“1. Empleo general de una gran parte de los utensilios neolíticos, y en particular de los cuchillos y puntas de flecha de pedernal.*

*2. (...) constrúyese buenas viviendas, no ya chozas. El arte del alfarero (...) continua mejorando.*

*3. (...) alhajas de bronce venidas de lejos, los primeros útiles de cobre fabricados en el país; las perlas de coralina; la incineración de los difuntos de cierta clase y la colocación de sus cenizas en urnas cinerarias, a veces decoradas.”*

Esta fase, caracterizada por el poblado de Campos, que suponía una marcada continuidad con su etapa neolítica asimilable al Neolítico Final de El Garcel, y cuya extensión peninsular parece ser, a su juicio, muy amplia, pues “nuestros caseríos neolíticos y de la edad de transición, no parecen distintos de las estaciones de la misma época que se encuentran en el resto de la Península.”

Sin embargo las innovaciones provendrían nuevamente de influjos foráneos, “se comprueba la intervención de un pueblo mucho más adelantado que el indígena; éste se pule en contacto con el extranjero; recibe sus lecciones en el arte del alfarero y en la construcción de viviendas; aprende de él a extraer el cobre de la tierra y a quemar sus muertos, y se engalana con sus joyas preciosas traídas de fuera”. Este “pueblo extranjero es el que ha introducido en nuestras costas el primer conocimiento de

los metales (...) y les habrá enseñado al mismo tiempo a extraer el cobre de los minerales del país. Los indígenas, no encontrando en la comarca sino compuestos de cobre, no hicieron más que fundirlos, sin producir su aleación con el estaño”. A pesar de todo, tal como sucedía para el Neolítico, evita sin embargo identificar su procedencia, aún cuando advierte las analogías del ídolo de La Pernerá y del hueso plano decorado de Campos con objetos troyanos.

La influencia de estos “comerciantes” sería, no obstante, puntual, advertible ocasionalmente en el registro, lo que posibilitaría la coexistencia temporal con sepulturas como Cruz de Antas y Puerto Blanco con “un ajuar puramente neolítico” (Ib., 1890:274, 319-322).

La tercera civilización o “época del Argar, que llamaremos argariense”, curiosamente los rasgos que ve desaparecer son los atribuibles al Bronce Final que durante el Calcolítico, a su juicio, indicaban influencias orientales; “cesamos (...) de encontrar: la incineración de los muertos; los brazaletes ovalados de bronce; las perlas de caliza y de coralina. (...) La inhumación vuelve a ser el único rito funerario (...) los brazaletes son redondos, y a menudo de cobre. En cuanto a las perlas, vuelven a emplearse para ellas las piedras blancas”. Los rasgos que la caracterizan serán los recurrentes en la bibliografía sobre el Bronce argárico hasta la actualidad:

*“(...) sus caserios, de colinas escarpadas, defendidas (...) en parte artificialmente por murallas (...)*

*Por el uso más frecuente y el conocimiento mayor del cobre y del bronce (...) de la plata (...) las copas (...)*

*Por el uso de practicar las inhumaciones (...) en urnas como (...) en cistas de piedra, en el interior de los caserios y hasta en el suelo de las viviendas.”*

Además, y es importante recalcarlo, tras un exhaustivo recorrido bibliográfico, precisa unos límites restringidos para dicha cultura “en una parte del Sudeste de España”, “cuya parte media ocupa el límite entre las provincias de Almería y Murcia” y que en sus límites serían al N.E., Cartagena (Murcia), al N. Puebla de Don Fabrique (Granada) y Ladera de San Antón (Alicante), y finalmente, al N.W., Guadix (Granada).

Como el mismo advierte “¿ Es posible creer que, si este pueblo, hubiese existido en los alrededores de Valencia, de Tarragona, de Barcelona, de Granada o de Sevilla, países más poblados actualmente que la comarca que se trata, no hubiese quedado de él ningún vestigio, o que los que pudieran quedar hubiesen pasado casualmente desapercibidos hasta hoy en día?” (Ib., 1890:315-317, 323). Téngase en cuenta que será la excavación de J. Cabre (1922) en el Cerro de la Encina (Monachil, Granada) el que la ampliará hasta los límites de la Vega de Granada, y otro tanto cabe decir sobre el pasillo del Guadiana Menor y el poblado Corral de Quiñones (Quesada, Jaen) estudiado por J. de M. Carriazo (1925).

A su juicio, en esta tercera “civilización”, las transformaciones no precisan de un factor foráneo desencadenante. El cambio en los patrones de asentamientos y el traslado de los enterramientos al interior de los poblados vendría justificado por el “miedo al enemigo” y a que éste “no profanase estos restos”.

La explotación de “la plata nativa de las Herrerías” sería “el motivo del aislamiento del pueblo en cuestión en una parte del Sudeste” y su conocimiento y puesta en explotación parece haber sido autóct-

tono. El estaño procedería, como mucho, del territorio peninsular, y el vidrio presente en las cuentas segmentadas de Fuente Alamo, “su descubrimiento podría encontrarse en el tratamiento de los minerales de cobre, que ha debido producir necesariamente escorias más o menos transparentes y teñidas de diversos colores” (Ib., 1890:104, 266, 317, 322, 324).

Una vez finalizada su segunda memoria, “L’Espagne Prehistorique” (1891), en su primer artículo importante, “La fin de l’époque néolithique” (1892), reestructura parcialmente la secuencia antes descrita. Elimina el periodo de transición, como una etapa perfectamente individualizada, y la integra dentro del periodo neolítico, que ahora lo fragmenta en tres fases, el neolítico antiguo o los Kjoekkenmoeddings, el neolítico medio asimilable a El Garcel, con aportes de la Cueva de Los Murciélagos (Albuñol, Granada), actual Neolítico Final, y el neolítico reciente, correspondiente al actual Calcolítico.

Su neolítico medio, nuestro Neolítico Final, es por primera vez bien caracterizado en lo referente al registro artefactual:

*“cerámica(s) (...) muy decoradas (...) intrumentos pulidos en piedra (...) fusayolas en arcilla y los restos de indumentarias en esparto (...) cereales y el uso de molinos primitivos (...) brazaletes y cuentas de collar en piedra y en concha (...) ídolos de piedra (...) la ausencia de puntas de flecha de forma perfeccionada, los innumerables trapecios o lascas informes (...) salvo raras excepciones, ignoran las bellas láminas de sílex”*

*-poblados con silos (...)*

*-El enterramiento de los muertos en las cuevas naturales o las sepulturas en piedra” (Ib., 1892:385-387).*

Resulta clave asimismo, su correlación de que “Pese a las diferencias, y sobretodo su inferioridad, los elementos novedosos de esta civilización ofrece con los más antiguos hallazgos de Hissarlik analogías sorprendentes (...) Sin duda, una influencia común explicaría estas conexiones”.

Esta coetaneidad entre Troya, sus dos primeras ciudades, y El Garcel-Los Murciélagos, estaría justificada, a su juicio, en “las formas de los vasos, a veces sorprendente; sus asas de crecientes invertidos; los pequeños intrumentos en piedra pulida; los ídolos (de forma idéntica); las numerosas fusayolas en terracota; la abundancia relativa de oro; y la ausencia de flechas perfeccionadas en un abundante utillaje de sílex.” (Ib., 1892:387).

El neolítico reciente o actual Calcolítico sería, según su opinión, un “periodo bien distinto del neolítico”, con presencia ya de la metalurgia. Los datos más novedosos son las primeras referencias sobre el poblado y necrópolis de Los Millares, que pasa a sustituir a Campos como poblado emblemático. Y su revisión de los hallazgos del Bronce Final, antes definidores de la influencia foránea en durante su neolítico reciente, que prefiere aislarlos y eliminar las conclusiones que de ellas obtenía. No obstante, sigue manteniendo ciertas dudas sobre su correcta atribución.

Esta “civilización” calcolítica, “reina sobre toda la Península” y sus “diferencias regionales, tanto en la construcción de monumentos como en la composición de los ajuares funerarios, se explican fácilmente por el emplazamiento, naturaleza del suelo y otras razones locales” (Ib., 1892:388, 400-402).

El resumen de “L’Espagne Prehistorique” (1893), introduce nuevos datos sobre Los Millares, tampoco recogidos en la monografía inédita del mismo título de 1891; pero el rasgo más significativo es

que supone la primera secuencia regional del Proceso Histórico en el Sureste ibérico desde el Paleolítico hasta el Hierro.

La nuevas secuencias que ha documentado sobre el Paleolítico, le convencen que, los kjoekkenmoeddings, “la más antigua fase de los tiempos actuales no puede ser industrialmente separada del cuaternario”, es por ello que la elimina definitivamente del Neolítico, que queda consecuentemente dividido en dos fases, antiguo y reciente.

El neolítico antiguo, sería el reflejo de las primeras ciudades de Hissarlik, con las diferencias “que existen naturalmente entre dos centros contemporáneos, donde uno sería una rica capital (...) y el otro las tribus atrasadas”, alejadas del centro principal, en la otra orilla del Mediterráneo.

Los yacimientos que caracterizarían a este neolítico antiguo o actual Neolítico final serían El Garcel (Antas), como yacimiento epónimo, Sep. de Fuente Lobo (Antas), Tres Cabezos (Cuevas del Almanzora), Sep. de Puerto Blanco (Vera), Atalaya de Garrucha (Mojácar), Sep. de Huércal (Huércal-Overa), Cueva de los Tollos (Mazarrón, Murcia), Seps. de Fonelas (Granada), Cueva de la Mujer (Alhama, Granada) (MacPherson, 1870-71), Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada) (Góngora, 1868) y Cueva del Tesoro (Torremolinos, Málaga) (Navarro, 1884) (Siret, 1893:505-506, 508, 511-512, 516, 548).

El neolítico reciente, o actual Calcolítico, si bien es una “etapa bien distinta del neolítico en la acepción restringida del término”, ya se constata la presencia del cobre el cual, “si bien raro, se muestra por todas partes”; no obstante, “es un carácter accesorio de esta civilización”, por lo que “parece preferible seguir teniendo el término generalmente aceptado de neolítico”.

Al poder disponer ya de un mayor número de tumbas procedentes del “llano de Los Millares ( o ¿Villares?)”, plantea que una “influencia extranjera explica así, sin esfuerzo, una serie de hechos: los vasos imitando los huevos de avestruz, sus grabados, sus ornamentos de colores; las pinturas murales (...) la perfección de la talla del sílex, una metalurgia naciente, la agricultura con la ciencia de la irrigación, la domesticación de los animales, el tejido, los principios de arquitectura, etc, en fin, el culto a los muertos”. Además, “Podemos considerar como exóticas el ámbar, la calaita, el azabache, la amatista, las cuentas esmaltadas, los vasos de tulipa, el marfil transformado en peines”, etc.

En este sentido “en plena civilización micénica, nosotros encontramos en la misma Micenas, las flechas de piedra (...), así como los cuchillos y aún distintas hachas pulidas (...) las acrópolis, la planta de las sepulturas, las columnas, el ambar, la amatista, la arcillita esmaltada, las pinturas murales, los vasos pintados, los ídolos pintados, el desarrollo de la metalurgia, etc”, pruebas en suma “de un comercio marítimo muy activo” (Ib., 1893:516-517, 545-546, 549-550).

Consecuentemente, enlaza los dos principales centros excavados por H. Schliemann, Troya y Micenas, con El Garcel y Los Millares, como polos coetáneos de desarrollo en ambos extremos del Mediterráneo, si bien aceptando siempre la primacía oriental.

La etapa argárica queda un tanto desdibujada comparativamente, ante la importancia que le concedede al neolítico reciente o Calcolítico millares, tentándole extender a “mitad sur y en el centro de la Península donde reinó, en un momento dado, esta civilización”.

No obstante, hace hincapié, en contraste con el periodo anterior, que sólo “el estaño (...) las raras cuentas de pasta vítrea, un poco de marfil, y tal vez las grandes espadas” no procedan del núcleo originario del Sudeste peninsular, (Ib., 1893:553, 555), lo que supone una revisión de su opinión autoconista sobre las cuentas de vidrio.

Si amplía, y precisa, algunas intuiciones avanzadas en su trabajo de 1892, en lo referente al Bronce Final. Reconoce su error de atribuir las al neolítico reciente “a causa de su proximidad a los poblados de

esta época”, a que “son construcciones semejantes a los dólmenes, si bien de pequeñas cajas de losas” y “los vasos son de la misma técnica”, sin embargo, admite que las tumbas son más pequeñas, o usan urnas, ausentes en el neolítico reciente, se trata de reutilizaciones de poblados o tumbas, las formas cerámicas son diferentes, los brazaletes son de bronce, y aparece un puñal de bronce, decorado, provisto de 2 remaches de hierro.

Por tales circunstancias, reconsidera su anterior supuesto y atribuye “estas sepulturas al fin del bronce o a los comienzos del hierro, por la analogía que ellas presentan con las de necrópolis con influencias fenicias y griegas que nosotros hemos excavado”. (Ib., 1893:558-560).

En este sentido, y aún cuando no lo manifieste, la amplia serie de sepulturas excavadas en Los Millares va a ser el elemento desencadenante de las dudas sobre su atribución, ya expresadas por primera vez en 1892. El enterramiento de Campos había sido violado, encontrándose sólo algunos brazaletes dentro de la ciudadela del poblado. Por el contrario, si estaban intactos las tres sepulturas de Parazuelos, pero presentaban distinta tipología, cista, urna y fosa, estando sólo ésta última algo separada de las construcciones domésticas calcolíticas.

Sin embargo, al excavar las aproximadamente 80 tumbas de los Millares (Flores, inédito; Leisner, 1943), sólo dos de ellas pudieron considerarse como tales, una cista rectangular, la sep. 35, aparentemente violada y con un brazalete de bronce, relativamente distante en el Barranco del Viaducto, y la sep. 33, circular, con 5 brazaletes de bronce entre otros, de ubicación desconocida, que se distanciaban claramente de la tipología constructiva y homogeneidad de los ajuares características de la necrópolis de Los Millares.

## SEGUNDA ETAPA

El inicio de su segunda etapa investigadora, va a venir marcada por una serie de circunstancias desafortunadas van a incidir una tras otra, afectando seriamente a su trayectoria investigadora. El más doloroso será que a raíz del nacimiento del primer varón y segundo hijo, Adolfo, en 1894, provocó el fallecimiento de su mujer (Schubart y Ulreich, 1991:4), tras sólo dos años de matrimonio.

A ello se agregó la crisis que afectaba por entonces al coto de Herrerías, semiparalizado desde la riada de 1884, que inundó la roza de la mina de Santa Matilde, y de ahí, anegó gran parte de las minas. Se precisaba de un desagüe general para bombear el agua de las minas y evitar las filtraciones del río Almanzora. La quiebra de la casa Borner en 1895, la cual tenía subarrendada las minas Santa Matilde y Virgen de las Huertas desde 1890, a las que construyó un desagüe propio, agravó la situación.

Brandt y Brandau serán los encargados por la junta de propietarios mineros de la desecación de las minas, construcción del desagüe y e instalación de un ferrocarril de Herrerías a Villaricos hasta el desembarcadero. Luis Siret será el ingeniero-director de la instalación de desagüe, y a él se debe el diseño del ferrocarril de tracción animal innaugurado en 1897.

Esta coyuntura fue aprovechada por Luis Siret para ir comprando, en dos casos, o arrendar, otras diecisiete concesiones mineras que reunían buena parte de las mejores en Herrerías y Sierra Almagrera, gestándose en París (1900), la Société Minière d'Almagrera S.A.

Esta compañía, progresivamente, irá aglutinado la producción de hierro de ambas zonas, y realizará importantes obras de infraestructura como la central eléctrica de Herrerías, para el movimiento de las máquinas de extracción en 1903, o el embarcadero metálico de Villaricos de 1912.

Es interesante advertir que esta cadena de desafortunados hechos forzosamente inciden en que no vuelva a publicar ningún trabajo importante hasta su “Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps

préhistoriques” ya en 1906-1907, nada menos que trece años después, poco después de ser nombrado correspondiente de la Real Academia de Historia (1905), aún cuando publica algún trabajo ocasional como “Decouvertes Archéologiques en Espagne” (1900) y “La fin de l’âge des Dolmens en Espagne” (1903).

Estas circunstancias también favorecieron que su investigación se concentrara en Herrerías, y áreas circundantes de la cuenca baja del río Almanzora, cuyo distrito estaba, como hemos comentado, en gran medida bajo su control económico.

Desde su llegada a la comarca había considerado que la minería de cobre y plata había sido el desencadenante fundamental del desarrollo cultural de la región durante la Prehistoria Reciente, pero carecía de evidencias empíricas claras en el distrito minero, si nos atenemos a sus manifestaciones (Siret, 1890:290):

*“¿Como no hemos encontrado nosotros en las mismas Herrerías vestigios prehistóricos?.*

*Estos vestigios han podido muy bien desaparecer de un sitio ocupado por restos verdaderamente inmensos de antiguas explotaciones (...) Bueno es observar, por otra parte, que, al presente, reinan con frecuencia fiebres perniciosas en las Herrerías; y nada tendría de particular que este motivo indujera a los pueblos, en tiempos prehistóricos, a construir en otro punto sus caseríos, lo que explicaría por qué no hemos encontrado allí mismo estación ninguna”.*

La resolución de este problema concede aún mayor coherencia a su programa de trabajo, plasmada en la excavación de Almizaraque entre agosto de 1905 y febrero de 1906, y en la amplia documentación derivada de la prospección del distrito minero de Herrerías que ofrece en su tercera monografía, “Villaricos y Herrerías, antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes” (1908), donde pone también en evidencia su interés por completar cronológicamente la lectura histórica de su área de estudio.

Paralelamente, se advierte entre 1906 y 1914, años de su primera madurez desde los 46 a los 54 años, un revitalizado deseo de difundir sus investigaciones. Su participación en los Congresos Internacionales de Antropología y Arqueología prehistórica de Mónaco (1906) y Ginebra (1912), continuación del de París de 1900, así lo evidencian, a pesar de que parte de sus argumentaciones fueron duramente rebatidos por J. Dechelette (1908).

El impasse que se advierte en sus publicaciones hasta mediados del primer decenio del S. XX, presenta, no obstante, algún dato revelador, y esto es lo que parece apreciarse cuando identifica brevemente Los Millares, como la ciudad fundada por Ulises después de la guerra de Troya (Siret, 1900:7), que evidencia este proceso de gestación de una continuidad occidental de las propuestas de H. Schliemann, o lo que es lo mismo, si el primero trataba de identificar arqueológicamente “La Iliada”, se trata ahora de hacer lo propio en el Sureste ibérico con referentes textuales de “La Odisea”.

Su comunicación al I Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica (Mónaco, 1906), es fundamental porque se aprecia por primera vez la impronta del artículo de M. Gómez Moreno (1905), quien asimilaba la Prehistoria Reciente ibérica a la civilización tartésica. Este trabajo, que cita varias veces, justifica que por primera vez aplique a los territorios meridionales el término de Turdetania, que ya será una tónica habitual en sus futuras aportaciones. En este sentido, marca con “Orientaux et Occidentaux...” (1906-07) el inicio de su segunda etapa productiva.

Su comunicación levantó una cierta polémica con Arthur Evans que por entonces excavaba en Cnosos, quien no duda en propugnar un desarrollo independiente de la civilización neolítica peninsular,

y sobre todo, fechas más antiguas, porque los referentes micénicos y troyanos esgrimidos por L. Siret coetaneos al neolítico del Sureste ibérico retrotraerían excesivamente la etapa neolítica egea. A su juicio estos paralelismos sólo se tratarían de “indicios más o menos superficiales” (Evans, 1908:30), lo que no deja de ser un interesante precedente a las críticas de C. Renfrew a B. Blance sesenta años después.

Es por ello que el propio L. Siret (1908a:29) reconoce que para su neolítico antiguo, o actual Neolítico Final, “los arqueólogos del Este nos sugieren el tercer milenio”, refiriéndose veladamente a A. Evans, pero aún asumiendo que “no lo podemos precisar”, las acepta tácitamente. Dicha “civilización” habría llegado del Mediterráneo Oriental en dichas fechas aparentemente sólo atraída por la “belleza del clima y de los productos de la Turdetania”.

En su segundo artículo clave de esta etapa, “Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques” (1906-07), el Neolítico vuelve a dividirse en tres fases, pero no por retomar la etapa de los Kjoekkenmoeddings, sino al delimitar una etapa intermedia entre las fases caracterizadas por los poblados de El Garcel y Los Millares. Surge así como neolíticomedio el equivalente al actual Calcolítico Inicial. Los rasgos artefactuales definitorios serían que “las láminas devienen más grandes, (y) los trapecios se modifican, una de sus puntas es afilada, y al mismo tiempo forma la figura de un triángulo alargado con base cóncava”. Si nos atenemos a las figuras presentadas, los yacimientos característicos son los de la cuenca medio-alta del río Almanzora, o grupos de sepulturas de Cantoria y Purchena (Siret, 1906:531 y 1907:248-249).

Para el neolítico reciente o actual Calcolítico Medio, los resultados de las excavaciones en Almizaraque introducen novedades en sus planteamientos. Partiendo de la base de que “en el Neolítico, una gran porción de España estaba bajo una dominación única, pujante y bien organizada”, y de una etimología errónea, según la cual el nombre de Los Millares sería “la traducción, en español, del nombre fenicio de Cádiz”, puesto que el primero significaría “paraje que puede alimentar dos rebaños o mil ovejas, y Gadir, en fenicio (...) abrigo para rebaño de ovejas”, busca en los fenicios el elemento transmisor de todas las innovaciones detectadas en el Sureste ibérico durante este periodo.

La razón prioritaria para retrotraer la presencia fenicia hasta un momento tan antiguo, que conviene advertir, en trabajos previos nunca lo había planteado, es la presencia de galena argentífera, e incluso plomo fundido, en el poblado de Almizaraque, mineral este último, que ya anteriormente había documentado en el poblado argárico de El Oficio.

A su juicio, la metalurgia del cobre habría surgido como “una consecuencia accidental de la metalurgia del plomo y de la plata”, sin embargo, la ausencia de este mineral en adornos o armas durante este periodo temporal le empujan a buscar, como única explicación, la exportación de dicho mineral hacia el levante mediterráneo.

“Los fenicios, son compradores de plata, no del plomo (...) los indígenas pudieron vender a los fenicios grandes cantidades de plata sin conocer su valor, porque esta plata estaba escondida en el plomo con el que ellos no podían hacer nada”. Consecuentemente, sería el desconocimiento del proceso de copelación del plomo argentífero el factor clave que permitiría un gran volumen de negocios a los fenicios, mientras los indígenas creían hacer un buen negocio vendiendo plomo. Ocasionalmente, parece insinuarse que justificarían sus compras al utilizarlo en las anclas de los navios, que recuerdan las referencias en las fuentes clásicas sobre las compras de plata por los griegos en Tartessos.

En esta nueva corriente de influencias, en favor de Fenicia frente a la Grecia micénica, acrecienta el papel jugado por Chipre puesto que existiría “un lazo muy estrecho entre los productos chipriotas del grupo reciente y los de influencia fenicia en España. Este lazo implica una comunidad de origen. (...)”

Implica asimismo la contemporaneidad”. (Ib., 1906:541-542, 544-545, 570, 576; 1907:225, 233). No obstante, se rechaza la presencia de una “acción directa de Chipre”, siempre mediatizada por la ya denominada “colonia ibérica” de los fenicios sidonitas (Ib., 1908b:236-237).

Finalmente, encuadra su neolítico reciente, o actual Calcolítico Medio, entre el 1700-1200 a. C., o 1500-1100 a. C. (Ib., 1908a:28), durante el cual se manifestaría la “supremacía sidonia en el interior de la Turdetania”. Los referentes en el registro artefactual de la misma serían:

*“Sustancias debidas al comercio: cuentas de cascara de huevo de avestruz, proveniente de Africa–marfil africano o asiático– perfumes de Oriente– ambar del Báltico (...)– azabache, probablemente de Inglaterra– calaita, de los yacimientos occidentales de estaño–”*

*“Ideas religiosas: ídolos en gran cantidad, de forma diversa– betilos– estatuas femeninas con triángulo sexual– símbolo de la palmera– doble triángulo sexual o hacha de doble filo– pulpo estilizado y alado– imagenes del sol y la luna–”*

*“Arquitectura: cúpulas funerarias, de tipo micénico– columnas de orden micénico– estucos y pinturas murales.”*

*“Cerámica: vasos con pinturas geométricas y simbólicas; en yeso en forma de huevos de avestruz, incisos y pintados; vasos de alabastro con decoración grafitada rectangular o losángica; en arcilla, en forma de animales.”*

*“Motivos decorativos: pinturas sobre ídolos en hueso, que reproducen los motivos del repertorio chipriota (...).”* (Siret, 1907:376-377, 395). Como puede observarse, dicho comercio sidonita, también habría actuado, como en el caso chipriota, de intermediario en la llegada de influencias micénicas (Ib., 1908a:28).

La etapa del Bronce argárico es por primera vez también analizada en profundidad desde “Les premiers ages...”, tratándose de ofrecer un primer intento de periodización interna. En este sentido va a distinguir dos fases sucesivas, que posteriormente reestructurará.

Si nos atenemos a sus palabras, “la edad del bronce aparece en España por la destrucción del imperio fenicio”. Las principales diferencias con la etapa precedente serían:

*“La desaparición de todo cuanto, en el Neolítico, se explicaba por la presencia de los fenicios: huevos de avestruz, perfumes, ámbar, calaita, pulpos alados, triángulos sexuales, hachas de doble filo, ídolos de todas clases (...) cerámica decorada (...) (y la) industria del sílex.*

*El abandono de Los Millares (...)*

*El uso autóctono de los productos de la tierra, oro y plata, exportados por los fenicios en la época precedente.*

*La aparición de una cerámica nueva y de la moda de las joyas metálicas.*

*(...) y la ausencia de un periodo transitorio que explique las transformaciones por una evolución autóctona.”*

Sin embargo, también reconoce importantes lazos de continuidad en el registro arqueológico que considera insuficientes para no reclamar una intervención foránea. Estos serían “formas primitivas de armas y útiles de cobre; cierta semejanza general en la cerámica; continuación de los monumentos megalíticos y tal vez de las cúpulas. Este último hecho es aquí el de mayor significación positiva: el nos dice que es, al menos parcialmente, la misma población la que continua ocupando el país.”

Su primera fase del bronce, sería una fase de continuidad poblacional, y la caracteriza a partir de dos sepulcros, la Loma de Belmonte (Mojácar, Almería) y la necrópolis de Los Eriales (Morelabor, Granada). Esto es, correspondería a lo que actualmente denominamos Calcolítico Final para el caso de la Loma de Belmonte, y a un Bronce Inicial en el caso de la necrópolis megalítica de Los Eriales.

Muy interesante resulta en este sentido su reflexión sobre la presencia de campaniformes tardíos, entre los que integra el ejemplar de Belmonte, puesto que su “carácter expeditivo, mecánico y poco cuidadoso en la ejecución (...) está por consiguiente entre los más recientes de los vasos campaniformes (...) fabricados en masa” (Ib., 1907:227-229, 262).

La interrupción de los contactos con el Mediterráneo oriental, y la inviabilidad de la hipótesis africana, “no nos deja más que interrogar al centro de Europa, las regiones danubianas”, como elemento dinamizador de la segunda etapa.

El fósil director para rastrear “de donde procedía ese invasor” será la alfarería perteneciente a la “familia cerámica de la Europa central”, porque reconoce que el aislamiento del Bronce argárico le otorga “un aspecto local muy particular, diferente del que ofrecen otros países de Europa”.

Esta “civilización”, frente a cierta tentación de generalizarla a parte de la mitad meridional de la Península Ibérica, expresada puntualmente en 1893, la considera caracterizada por “pequeñas plazas fuertes aisladas”, que a su juicio indican “falta de armonía y de acuerdo, de luchas de poblado a poblado, de tribu a tribu”. Los asimila a los Bastulos o Bastetanos del Sureste ibérico, y temporalmente vendrían a cubrir desde las primeras invasiones de los S. XII-XI a. C., “salidas de la cuna de los celtas”, hasta el siglo VIII a. C. (Ib., 1907:233, 235-236, 238).

Más concretamente, propone el 1200-1100 a. C. para la primera fase del bronce, que vería la llegada de sucesivas oleadas celtas que provocan el repliegue sidonio “en España y la Galia en el siglo XII”, “la ruina de la principal rama de su comercio”, e incluso insinúa si actuaría como factor desencadenante de la decadencia de la ciudad de Sidón, que hoy se fecha en la segunda mitad del siglo X, a partir del reinado de Hiram I en Tiro.

Dicha invasión céltica, como la denomina, sería coetánea a la invasión doria en Grecia, que aparentemente hundió la hegemonía micénica, precisión que nos ayuda a definir que esos pueblos celtas que menciona, no son los que las fuentes griegas citan a partir del S.V a. C., sino que se refiere a lo que hoy se asimila a los Campos de Urnas Antiguos o indoeuropeos occidentales, cuya influencia ya se advierte claramente en la Península Ibérica hacia el 1100 a. C.

El apogeo argárico estaría enmarcado por el 1100 y el 800 a. C., y sería paralelo a la fundación de Cádiz por los tirios desde el 1100 a. C. que aprovecharían la retirada sidonia por su interés en la plata del Sureste ibérico, para dirigir su objetivo a controlar las rutas del estaño.

Frente a la primacía de la plata del distrito de Herrerías, otorgada anteriormente, se concede ahora un papel fundamental a la cuenca del Andarax-Nacimiento, pues se trataría de “asegurar la posesión del

camino que va desde el mar hasta las minas de plata del Este de Sierra Nevada. El monte Silúrico, el cual es quizás el genuino *Argentarius*”.

Además, retoma su tesis inicial autoctonista sobre las cuentas de pasta vítrea, e inclusive, valora seriamente, por primera vez, los yacimientos murcianos de estaño. Dicho mineral, según su opinión, “acabó por penetrar; y es difícil decir si fue por el comercio o por el descubrimiento de los pobres yacimientos de la Sierra de Cartagena; esta última explicación es la más razonable para las regiones del Sudeste”. Respecto a las cuentas segmentadas, tras evaluar su notable presencia en territorio británico asume que “podría muy bien ser que ellas fueran los productos de una industria céltica emparentada con la del esmalte”. (Ib., 1907:379, 381-382, 384-385, 389, 395 y 1908a:29).

El primer volumen de “*Questions de Chronologie et d’ethnographie ibériques. I. De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*” (1913), supone la culminación de la segunda etapa de investigaciones, aportando, tras sus tres monografías previas (Ib., 1887/1890, 1891 y 1908), por primera vez una obra de interpretación del registro entonces disponible, a fin de presentar la sistematización definitiva de su propuesta de periodización de la Prehistoria Reciente del Sureste de la Península Ibérica, a partir de su encuadre cronológico en base a paralelos artefactuales del Egeo y Egipto, con la que intentó construir su cronología relativa.

Esta orientación interpretativa implicó una menor atención hacia el registro arqueológico que progresivamente había ido documentando, lo que se ha reflejado en un menor interés por parte de la investigación más reciente hacia dicho trabajo. No obstante, por ejemplo, una lectura atenta del mismo evidencia el amplio estudio artefactual que aporta sobre el Bronce Final (Siret, 1913:331-409, 415-420, 461-465), que supone una brillante continuación del apartado recogido por E. Cartailhac (1886.218-242).

Ha perdido interés, por el contrario, su polémica con J. Dechelette (Ib., 1913:57-70, 99-136, 301-303, 440-447), ya iniciada en trabajos previos (Ib., 1908b:25-26), en la cual, si en ocasiones no deja de tener razón, particularmente al echarle en cara que cuando lo critica no distingue sus tres etapas sucesivas neolíticas, con distintos focos orientales de influencia, pues lo englobaba todos en “una sola y única civilización” neoneolítica; en otros supuestos, sus argumentos resultan más discutibles, caso de su rechazo de propuestas como la del tatuaje facial de Dechelette, mediante una defensa acérrima de su interpretación como pulpos alados.

Las dos etapas cronológicas que recibirán mayor atención serán su neolítico reciente, actual Calcolítico Medio y el Bronce argárico. Respecto al primer periodo, atribuye “a los fenicios todo el progreso del fin del neolítico”, y más concretamente, a las “colonias eneolíticas de los fenicios” que serían paralelas “al apogeo de la edad del bronce en el Mediterráneo oriental”. La presencia de fortificaciones servirían como prueba “de que la ocupación del país no fue hecha sin combates”, pero habrían contado con la ventaja de que “estaban familiarizados con el arte de la guerra, nuevo para los iberos”. Siguiendo esta hipótesis, plantea la dicotomía de “dos grupos que no se funden salvo excepcionales intrusiones de uno en el otro. Las dos razas viven próximas, pero no se mezclan”.

El dato más novedoso en su interpretación será que estas “colonias eneolíticas” fueron fundadas por “Fenicios vasallos de Egipto entre las dinastías XVIII y XIX”, actualmente encuadradas entre el 1550/1196 a. C. o 1580/1200 a. C., optando Siret por la segunda serie de estas fechas, lo que le ayudará a situar entre 1550-1200 a. C. el momento inicial de la arribada de fenicios afincados en la desembocadura del Nilo, que aprovecharían el fin de la supremacía marítima minoica, y coincidiría con el inicio de la “decadencia micénica” que encuadra entre el 1500-1100 a. C. Más llamativo resulta quizás la dispar procedencia foránea que atribuye a buena parte del registro arqueológico Calcolítico:

*“Egipto: Bella talla del sílex. Vasos de piedra. Pintura mural. Huevos de avestruz y sus imitaciones. Marfiles de elefante e hipopótamo. Cúpulas funerarias. Construcciones monolíticas o megalíticas. Estatuillas femeninas. Azuelas funerarias. Signos del agua y de la lluvia. Signo de la tierra. Escritura sagrada, tendencias alfabéticas.”*

*“Asiria: Culto de la Palmera, imágenes del árbol místico. Betilos.”; “Arabia: Perfumes, unguentos, cosméticos. Frascos en alabastro.”; “Chipre: Motivos decorativos de los ídolos de hueso.”; “Cuenca del Egeo: Pulpos pintados. Hacha de doble filo simbólica.”; y “Oriente: Sistema de fortificaciones. Conocimientos metalúrgicos. Cerámica pintada.”*

*“Península Ibérica: vasos con decoración incisa. Instrumentos de piedra pulida. Cobre. Minerales de cobre y de plomo argentíferos.”; “Occidente: Calaita.”; “Inglaterra: Azabache.”; “Mar Báltico: Ambar.”*

*“Caracteres universales: Culto del agua y de la tierra. Simbolismo del pulpo y del hacha.”*

*“Caracteres propios: Exportación de metales preciosos. Universalidad de las rutas comerciales. Supremacía marítima. Diversos tipos especiales de ídolos. Ausencia de brazaletes y de joyas metálicas.”*

Como puede apreciarse, el incremento del papel jugado por Egipto dentro de la intermediación fenicia llega hasta el punto de desplazar de una supuesta procedencia egea a la cúpula funeraria de los tholoi o los ídolos antropomorfos por un origen egipcio (Siret, 1913:22, 28-29, 35-36, 43-47, 50, 55, 57, 97, 413, 475).

El Bronce argárico también reflejaría una dicotomía racial, pues aunque la llegada de poblaciones célticas desde Unetice, supondría la expulsión de los “colonos eneolíticos” en el 1200 a. C., “a pesar de las mezclas, la raza de los dólmenes” de las comarcas interiores del sureste ibérico “conservó su personalidad hasta el final”.

Factores que evidenciarían la “atribución de dos clases de yacimientos a dos razas distintas”, serían la continuidad de los enterramientos en tholoi, el emplazamiento de los poblados a modo de “acropolis” defensivas, y la ausencia de puntas de flecha de metal en sepulturas de cista o urna, presentes por el contrario en los poblados, y que “deberían ser atribuidas a sus enemigos” o población indígena dolménica. La continuidad del enterramiento en cistas dolménicas durante el Bronce Final ratificaría también, a su juicio, esta tesis.

La dispersión de las alabardas será el fósil-guía que utilizará para ver la ruta de llegada de las oleadas célticas desde Bohemia, vía Norte de Alemania, Escocia, Irlanda, hasta el suroeste y sureste ibérico. El potente foco megalítico de la Bretaña francesa, que atribuye a la influencia “ibero-fenicia” habría supuesto “un obstáculo infranqueable”, de ahí que justifique una ruta terrestre hacia Escocia, de allí a Irlanda, desde donde finalmente alcanzarían la Península Ibérica.

Particularmente importantes son sus observaciones sobre los poblados argáricos que ponen en evidencia, nuevamente, la paternidad de la periodización de la Prehistoria Reciente ofrecida poco después P. Bosch Gimpera (1915-20).

A un primer momento ejemplificado como ya hemos comentado por las sepulturas de la Loma de Belmonte o Los Eriales, continuarían poblados como Fuente Vermeja y Lugarico Viejo, con sepulturas próximas a las habitaciones, pero no bajo sus pavimentos, y ausencia de urnas de enterramiento, lo que

revelaría su carácter de poblados de “indígenas”, a la vez que “sus sepulturas individuales indicarían bien una mezcla de elementos extranjeros, bien la adopción progresiva de sus ritos funerarios”.

Ya en un momento de preponderancia “céltica”, el poblado de Fuente Alamo sería representativo del “apogeo de la civilización del bronce, y por consiguiente (...) tal vez el fin de esta época”, en atención al ajuar excepcional de la sepultura 9 en cista, al fechar 8 cuentas segmentadas de pasta vitrea azulada “en torno al año 800” (Ib., 1913:71, 76-77, 79, 122, 125, 160, 193, 318, 414, 455-457).

El final argárico, e inicio del “fin de la Edad del Bronce” desde el 800 a. C., será fruto de un nuevo pueblo centroeuropeo, la “invasión hallstática” que se impondría por su supremacía tecnológica en la metalurgia del bronce, frente a su estancamiento en el Sureste ibérico por la escasez de estaño y alejamiento de las redes comerciales centroeuropeas del metal. El registro arqueológico lo reflejaría por un:

*“1- Abandono de las acrópolis: ocupación de lugares fácilmente accesibles, vestigios de habitación poco importantes.*

*2- Cambio de los ritos funerarios; aparición de la incineración.*

*3- Costumbre de formar los depósitos o escondrijos de objetos en metal.*

*4- Aparición de formas industriales marcando, sin transición, un progreso considerable” (Ib., 1913:332-333, 414).*

“Questions de Chronologie...” revela, en suma, la extremada concepción difusionista del autor, que interpreta el mecanismo del cambio cultural siempre por factores exógenos a partir del comercio, la colonización o la invasión. Así pues, el Proceso Histórico en el Sureste ibérico se convertirá, de acuerdo con su interpretación, en una sucesión de influencias comerciales troyanas (neolítico antiguo/Neolítico Final) y micénicas (neolítico medio/Calcolítico Inicial), una colonización fenicia sidonia (neolítico reciente o eneolítico/Calcolítico Medio), invasión céltica (bronce/Bronce Inicial y Medio), invasión hallstática (bronce final y hierro I/Bronce Final), colonización fenicia tiria (Hierro I) y finalmente colonización y conquista cartaginesa (Hierro II).

### TERCERA ETAPA

Lamentablemente el estallido de la Primera Guerra Mundial sorprende a Luis Siret en Bruselas; las tropas alemanas lo detienen y es trasladado prisionero a Holanda con sus dos hijos entre 1914-1915. También serán retenidas dos de las siete hijas de Enrique Siret y Teresa Pétre.

A ello se sumaría el colapso de la producción minera de Herrerías y Sierra Almagrera, general a la minería española, puesto que al carecer nuestro país de una demanda interna notable, se veía carente de mercados a donde exportar, los fletes se encarecían cuando se conseguían, y las empresas se descapitalizaban carentes de trasvases de capital extranjeros. El resultado final será la paralización de actividades de la Societe Miniere d’Almagrera en 1926. La crisis del 29 pondrá culminará este proceso, paralizándose todos los trabajos en los cotos de Herrerías en 1931.

Esta coyuntura afectó seriamente a las investigaciones de Luis Siret, quien parece que renunció a elaborar el segundo volumen de “Questions de Chronologie...”, afectado también por las descalificacio-

nes que había sufrido (Dechelette, 1913), debiéndose esperar hasta el final de la I Guerra Mundial, concretamente a 1920, para reanudar sus aportaciones con “La Dame de l’Erable”, transitando ahora con frecuencia temas mitológicos. Por aquel entonces, en la prehistoria española estar “a la page” era seguir las propuestas occidentalistas defendidas Bosch Gimpera, en contraposición con las defendidas por Siret. El fin de las actividades de la sociedad en la que era importante accionista (1926), se vuelve a reflejar en su trayectoria, que sólo cuenta con un artículo entre 1926-1930.

Aún así, puede hablarse claramente de una progresiva reactivación en sus investigaciones, no reflejado en publicaciones, simultánea a la creciente colaboración de Juan Cuadrado Ruiz. La celebración paralela del Congreso Internacional de Arqueología Clásica y la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, donde se expuso una amplia muestra de su colección dentro de la sección “El Arte en España” (Bosch, 1929), reveló para muchos el alto interés de sus colecciones y volvió a poner de actualidad su figura, aunque no se plasmó a nivel editorial hasta la edición del primer volumen de la Historia de España, patrocinado por la editorial Gallach (Pericot, 1934), cuyo aún hoy excelente soporte gráfico se articuló en las colecciones de Siret en Herrerías.

Con motivo de la reanudación de los Congresos Internacionales de Antropología y Arqueología Prehistórica, tras el impasse de la guerra, en septiembre de 1930 en Portugal, presenta nada menos que 4 comunicaciones, sobre paleolítico, neolítico-eneolítico, y mitología. Sin embargo, la consolidación de estos congresos no tendrá lugar hasta agosto de 1932 en Londres, tras los vetos parciales efectuados por los franceses del Institut International d’Anthropologie en el congreso anterior sobre investigadores alemanes y austriacos, y aquí nuevamente participa con una comunicación sobre el eneolítico.

En 1933-34, siendo Rector de la Universidad de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, se le concederá el título de Doctor Honoris Causa, que ya había recibido previamente en su país en la Universidad de Lovaina, donde había cursado sus estudios, reconocimiento máximo que, significativamente, provenía de la escuela que marcaba por entonces las pautas de la arqueología hispana.

Previamente, entre marzo y junio de 1932, por primera vez con subvención estatal, había reanudado sus trabajos con J. Cuadrado en Almizaraque (Siret, 1948), desarrollando otra campaña de planimetría en agosto de 1933, a fin de completar la documentación para un futura memoria sobre las excavaciones en el poblado, a la vez que solicita a la Republica autorización y financiación para reanudarlos. Esta segunda partida, concedida en 1934, coincide justamente con su muerte por una pulmonía cuando exploraba una posible galería prehistorica en Las Rozas de Herrerías, un 4 de junio de 1934, con 74 años.

Este deseo por culminar parte de sus investigaciones inconclusas se refleja asimismo en su colaboración con Mirian Astruc desde finales de 1931 para publicar la necrópolis fenicio-púnica de Villaricos, la cesión de documentación a G. y V. Leisner (1933) sobre las necrópolis neolíticas y calcolíticas, o el ingreso de su colección arqueológica en el Museo Arqueológico Nacional, primero de la parte que había sido expuesta en la Exposición Internacional de Barcelona (1931) y después del comienzo de los envíos de la parte depositada en Herrerías (marzo, 1934).

En esta tercera etapa no será hasta mediados de los años veinte cuando comienza a evidenciarse un creciente preocupación por distintos aspectos de la Prehistoria. Estudia el proceso de talla de los microlitos neolíticos de El Garcel (Ib., 1924), aplicando la denominación de “episodio garceliense” a su neolítico antiguo, actual Neolítico Final; analiza el retoque con instrumentos de hueso en el sílex musteriense (Ib., 1925b), el paleolítico norteafricano (Ib., 1925c) y retoma finalmente la problemática del Eneolítico y Bronce del Sureste ibérico. En este sentido, vuelve a insistir (Ib., 1925a:197, 199-201) que la denominación de Edad del Cobre, no implica ausencia de contemporaneidad con la presencia del bronce en

otras regiones, y que la ausencia de éste pudo haberse debido a la carencia de materias primas, ya que en época argárica el mineral de estaño de la Sierra de Cartagena por su carácter “pulverulento”, no habría podido ser beneficiable “en los aluviones”, por lo que los argáricos “lo ignoraron”, lo que implicaba la necesidad de una fuente exterior. Apuntando, inclusive, la posibilidad de “que el poco estaño utilizado en la fabricación de armas proviniese de objetos arrebatados al enemigo en los combates”.

Finalmente, queremos destacar, particularmente, el reconocimiento de una dualidad de asentamientos, los poblados de los “colonos eneolíticos” de su neolítico reciente, o actual Calcolítico Medio, y las “factorías”. Entre los primeros, ya considera a Almizaraque, a costa de Los Millares, como “la estación más importante que yo he excavado”, lo que justifica en cierta manera la reanudación de las investigaciones en 1932, que no conviene olvidar le posibilitaba contrastar arqueológicamente un área de habitación frente a la nutrida serie de la necrópolis de Los Millares (Ib., 1931:336, 340-342).

Habrà de ser ya en estos últimos trabajos (Ib., 1925a:197-199 y 1931:341-342) cuando definitivamente eliminará del Eneolítico la presencia activa de los fenicios sidonios, para optar por expresiones más ambiguas como orientales, extranjeros o prospectores extranjeros.

#### AGRADECIMIENTOS

La consulta de la documentación inédita de L. Siret en el Museo Arqueológico Nacional se debe a la gentileza de C. Cacho y A. Montero y la colaboración de M<sup>a</sup>.D. Camalich. D. Martín-Socas comentó una versión preliminar de este trabajo.

#### BIBLIOGRAFÍA

BOSCH GIMPERA, P.:

— 1915/20 L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península Ibèrica, Anuari del Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, pp. 516-527.

— 1929 El arte en España. España Primitiva, Barcelona.

CABRÉ AGUILÓ, J.: 1922 Una necrópolis de la primera Edad de los Metales en Monachil, Granada, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología 1, Madrid, pp. 23-26.

CARRIAZO, J. de M.: 1925 La cultura de El Argar en el Alto Guadalquivir. Estación de Quesada, Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria IV, Madrid, pp. 173-191.

CARTAILHAC, E.: 1886 Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal, C. Reinwald, Paris.

DCHELETTE, J.:

— 1908-09 Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule Ibérique, Revue Archéologique XII y XIII, Paris, pp. 219-265 y 390-415.

— 1913 Quelques mots sur les théories symbolistes de M. Siret, L'Anthropologie XXIV, Paris, pp. 495-500.

EVANS, A.: 1908 Les civilisations protohistoriques dans les deux bassins de la Méditerranée, Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques, Monaco.

GÓMEZ-MORENO, M.: 1905 Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera, Boletín de la Real Academia de Historia XLVII, Madrid, pp. 81-132.

GÓNGORA y MARTÍNEZ, M.: de 1868 Antigüedades prehistóricas de Andalucía, Imprenta C. Moro, Madrid.

LEISNER, G. y V.: 1943 Die megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden, Romisch-Germanisch Forschungen, Berlin.

- MacPHERSON, G.: 1870-71 La Cueva de la Mujer. Descripción de una caverna conteniendo restos prehistóricos descubierta en las inmediaciones de Alhama de Granada, Imprenta de la Rev. Médica, Cádiz.
- MARIËN, M.E. y ULRICH-CLOSSET, M.: 1985 Du Neolithique à l'âge du Bronze dans le Sud-Est de l'Espagne. Collection Siret, Musées Royaux d'art et d'histoire, Bruxelles.
- NAVARRO, E.J.: 1884 Estudio prehistórico sobre la Cueva del Tesoro, Málaga.
- PALLARY, P.: 1907 Le préhistorique saharien, L'Anthropologie XVIII, Paris, pp. 141.
- PERICOT GARCÍA, L.: 1934 Epocas primitiva y romana. Historia de España. Gran Historia General de los pueblos hispánicos, Inst. Gallach, Barcelona.
- RIPOLL PERELLÓ, E.: 1985 Nota biográfica sobre Don Luis Siret (1860-1934), Exposición Homenaje a Luis Siret (1860-1934) (Madrid, 1985), Madrid, pp. 6-21.
- SCHUBART, H. y ULREICH, H.: 1991 Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret, Madrider Beiträge 17, verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.
- SIRET y CELS, E. y L.:
- 1888 Les Premiers Ages du Metal dans le Sud-Est de l'Espagne, Revue des Questions Scientifiques 23, Bruxelles, pp. 5-110.
  - 1890 Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 a 1887, Barcelona.
  - 1887 Les Premiers Âges du Métal dans le sud-est de l'Espagne, Anvers.
- SIRET y CELS, L.:
- 1891 L'Espagne Préhistorique, Inédito.
  - 1892 Nouvelle campagne de recherches archeologiques en Espagne. La fin de l'époque neolithique, L'Anthropologie III, Paris, pp. 385-404.
  - 1893 L'Espagne préhistorique, Revue des Questions Scientifiques 34, Bruxelles, pp. 489-562.
  - 1900 Decouvertes archéologiques en Espagne, Annales de l'Academie Royale d'Archéologie de Belgique, Anvers, pp. 3-26.
  - 1903 La fin de l'âge des Dolmens en Espagne, L'Anthropologie 14, Paris.
  - 1906-07 Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques, Revue des Questions Scientifiques 10 y 11, 3ª Serie, Bruxelles, pp. 529-582 y 219-262.
  - 1907 Essay sur la chronologie protohistorique de l'Espagne, Revue Archeologique 4, Paris, pp. 373-395.
  - 1908a Origines de la civilisation néolithique (Turdétans et Egéens), Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques, Monaco, pp. 5-31.
  - 1908b Villaricos y Herrerias. Antigüedades púnicas, romanas, visigóti-cas y árabes. Memoria descriptiva e histórica, Memorias de la Real Academia de Historia 14, Madrid.
  - 1908c Religions néolithiques de l'Ibérie, Revue Préhistorique 3, pp. 193-238.
  - 1913 Questions de cronologie et d'ethnographie ibériques. I. De la fin du quaternaire a la fin du bronze, P. Geuthner, Paris.
  - 1920-22 La Dame de l'Erable, L'Anthropologie 30 y 32, Paris, pp. 255-321 y 345-353.
  - 1924 La taille des Trapèzes Tardenoisians, Revue Anthropologique 34, Paris, pp. 115-134.
  - 1925a A propos de l'Age du Cuivre, Bulletin de la Société Préhistorique Française 22, Paris, pp. 195-203.
  - 1925b L'emploi de l'os dans la retouche des silex moustériens, Bulletin de la Société Préhistorique Française 22, Paris, pp. 208-210.
  - 1925c Notes paléolithiques marocaines, L'Anthropologie 35, Paris, pp. 1-36.

- 1931 Caracteres industriels du neo- et de l'eneolithique dans le sudde la Peninsule Iberique, XV Congrès International d'Antropologie et d'Archéolog (Coimbra, 1930), pp. 335-342.
  - 1948 El tell de Almizaraque y sus problemas, Cuadernos de Historia Primitiva 3/2, Madrid, pp. 117-124.
- VILANOVA y PIERA, J.: 1872 Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre, Madrid.